

## LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA DE R. G. COLLINGWOOD

Rosita G. de Mayer

El trabajo que Collingwood se propuso a lo largo de su vida, ha sido principalmente (por confesión propia) el de buscar la aproximación entre filosofía e historia. Se impone aquí la exigencia de que todo filósofo al pensar sobre la historia de la filosofía reconozca que lo que está pensando es historia y que lo haga de tal forma que no desacredite el nivel del pensamiento histórico contemporáneo. La historia de la filosofía no es en modo alguno la historia de las distintas respuestas dadas a una misma pregunta o a un mismo problema, sino la historia de un problema cambiante cuya solución cambia con él. Por una parte el problema filosófico es inmutable; pero también varía de una época a otra de acuerdo a las características de la vida humana. La diferencia radica en que en el curso del proceso histórico ha cambiado el sentido del problema. El hecho de que un problema filosófico cambie es que a lo largo de un proceso histórico el problema se ha convertido en otro. Lo único que los liga es la mismidad del proceso mismo.

Collingwood no sólo pide a los filósofos que piensen históricamente (todo pensamiento auténtico es histórico), sino que además exige una filosofía de la historia.

La filosofía es pensamiento acerca del pensamiento. La mente que filosofa no lo hace únicamente acerca de un objeto, sino a la vez acerca del propio pensar sobre este objeto. Podríamos llamarla pensamiento en segundo grado. No sería lícito confundirla con la psicología ya que ésta estudia la mente a la manera como un biólogo estudia la vida. Ambas serían pensamiento en primer grado. Únicamente la filosofía se ocupa del objeto en la misma medida que del pensamiento que lo piensa. La relación pensamiento-objeto nos da el conocimiento.

Cuando el filósofo de la historia piensa el pasado no duplica la labor del historiador, ya que no considera este pasado como una serie de sucesos sino como un sistema de cosas conocidas. Cabría preguntarnos en qué sentido hay una filosofía de la historia diferente de la filosofía en general y por qué es una forma particular de pensamiento, en qué se distingue de las matemáticas, de la teología y de las ciencias. Las teorías del conocimiento que dan razón de las disciplinas mencionadas no incluían el conocimiento histórico ya que los sucesos históricos son finitos y plurales. El pensamiento matemático no aprehende objetos espacio-temporales, precisamente por eso son cognoscibles. Tampoco es utilizable en la historia el pensamiento teológico, ya que este tiene por meta un objeto singular e infinito. También es desechable el conocimiento científico para nuestro asunto porque sus verdades son encontradas por vía de observación y experiencia. El caso de la historia es distinto: el pasado ha desaparecido y no podemos verificarlo a la manera como un científico prueba sus hipótesis.

En el siglo XVIII cuando la gente comenzó a pensar críticamente acerca de la historia, se impuso la necesidad de la investigación histórica organizada y sistemática. Esta necesidad precisamente reclama el título de filosofía de la historia. El problema pide trato especial ya que las filosofías tradicionales no se ocupan de él.

Empezaremos por decir que únicamente a través de la historia el hombre conoce al hombre, podemos afirmar entonces que la historia "sirve para" el auto-conocimiento humano. Conocerse a sí mismo significa saber qué es ser hombre, qué es ser el hombre que uno es, por qué se es el tipo de hombre que uno es y no otro. Conocerse a sí mismo significa también saber de lo que somos capaces y ningún hombre sabe lo que puede hacer hasta que lo intenta, por lo tanto, la única manera de saber lo que el hombre puede hacer es mirando hacia atrás, para saber lo que ha hecho. Aquí está precisamente el valor de la historia. Al enseñarnos lo que el hombre ha hecho nos enseña en este sentido qué es el hombre.

La historia es ciencia o sea un contestar cuestiones, es un tipo de investigación especial. La ciencia tiene por fin averiguar cosas y en este sentido la historia es una ciencia. Su objeto son los actos del hombre en el pasado. El conocimiento de este pasado es posible por la interpretación de los testimonios cuyo fin, ya dijimos, es el autoconocimiento, condición sin la cual ningún otro conocimiento puede justificarse críticamente ni fundamentarse con seguridad.

Los acontecimientos históricos nunca se le presentan al historiador como fenómenos, como meros espectáculos que se presentan a su observación, sino como cosas que contempla para discernir a través de ellos el pensamiento que implican. Trata de penetrar así en el interior de los acontecimientos cosa que no necesita ni puede hacer tampoco el hombre de ciencia. Descubrir el pensamiento existente detrás del hecho histórico es ya comprenderlo y cuando el historiador sabe lo que ha sucedido, sabe también por qué ha sucedido. Podemos afirmar ahora, que la historia del pensamiento, por lo tanto la historia toda, es una reactualización de pensamientos pasados en la mente del investigador de la historia. Claro está que el historiador no se conforma con revivir en una forma pasiva pensamientos pretéritos, sino que estos deben ser entendidos dentro del contexto de sus propios conocimientos; se formará juicios de valor y aquí interviene ya su pensamiento crítico que es el factor indispensable para el conocimiento mismo.

Dijimos que la historia se ocupa de hechos pasados. Pero debemos restringir el conocimiento histórico al asunto humano y distinguir un proceso natural de un proceso histórico. El proceso histórico está constituido por pensamientos; un proceso natural es un mero acontecimiento. El hombre es el único animal cuya conducta está regida por el pensamiento. No se concluye de aquí que todas las acciones humanas sean tema de historia. A medida que nuestra conducta está impulsada por la naturaleza animal, es una conducta ahistórica, estas actividades forman parte del proceso natural. El proceso natural, la naturaleza misma, no tiene historia, o mejor, tiene historia pero no lo sabe y ya dijimos que la historia es siempre historia del pensamiento. (Únicamente podríamos considerar como históricos los procesos naturales, si afirmamos que son expresiones del pensamiento de Dios o de inteligencias extra humanas que habitan en la naturaleza).

Las concepciones naturalistas de la historia tienden a convertir al hombre en mero organismo biológico. Como ejemplo tenemos a Spengler que concibe las "culturas" como productos naturales que nacen, crecen y mueren "con la misma soberbia falta de designio que las flores del campo". La confusión en este punto de vista consiste en no distinguir naturaleza de historia. En un proceso natural, muere el pasado al ser reemplazado por el presente, en cambio en un proceso histórico, el pasado en tanto conocido vive en el presente. Esa misma confusión entre ambos procesos hace decir a Spengler que para nosotros las matemáticas griegas son ininteligibles, olvidando que precisamente son el fundamento de las nuestras.

El hombre difiere del resto de la creación precisamente por su vida histórica consciente. El suponer que es diferente porque es un animal racional es falso, ya que el hombre es racional sólo por momentos y en esos momentos precisamente es here-

dero del pasado histórico. El conocimiento histórico no es diversión de desocupados, ni tampoco un lujo, sino un deber urgente que fundamenta la razón misma.

La historia es el conocimiento de lo concreto y cambiante, mientras que la ciencia vive en un mundo de universales abstractos, indiferentes al espacio y al tiempo, lo que no sucede con el acontecer histórico que tiene un dónde y un cuándo, aunque este último no pueda ser ahora y el primero no tiene que ser aquí.

La labor del historiador se asemeja a la del detective de una novela policíaca, que debe reconstruir cómo y quién ha cometido el asesinato. La verificación, dicho-samente para el detective, le viene de afuera. La confesión del criminal debe ser hecha de tal manera que no queden dudas de su autenticidad. El trabajo del historiador es más difícil. Si una vez convencido mediante la interpretación de los testimonios históricos que Bacon escribió las obras de Shakespeare se encontrara con un documento autógrafo, esto no equivaldría a garantizar la verdad del hecho, sino que suscitaría el problema si dicho documento es auténtico.

Es necesario afirmar entonces que para el historiador no hay autoridades propiamente dichas. La autoridad es él mismo quien responde de la afirmación sobre determinado hecho, después de criticarlo debidamente. No podrá justificar nunca sus afirmaciones el hecho de que se lo haya proporcionado una autoridad. Concedemos crédito a las fuentes únicamente si podemos incorporar en una imagen coherente y continua determinado suceso. Es la "imaginación a priori" la que hace posible la construcción del pasado histórico y es ella también la que proporciona los medios de crítica histórica. Imaginación a priori es para Collingwood la interpolación que nos vemos obligados a hacer entre las afirmaciones tomadas de las fuentes y aquellas que están implícitas en ellas. No es caprichosa ni arbitraria esta manera de proceder, ya que este tipo de construcción no debe incluir nada innecesario y es además la única manera válida de construcción histórica. Estas interpolaciones son necesariamente algo imaginario, pero que sabemos a priori. La imaginación a priori no es tampoco mera fantasía arbitraria, ya que lo que construimos de esta manera está conectado a puntos fijos proporcionados por los testimonios. Ya sabemos que estos "puntos fijos" no deben ser aceptados sin que nuestro pensamiento crítico así lo decida.

El historiador tiene una doble tarea: además de construir una imagen coherente y con sentido (única labor del novelista), debe además ajustar esta imagen a las cosas tal y como ocurrieron. Para ello tiene que situar su narración o reconstrucción en el espacio y en el tiempo. El hecho concreto que describe tiene que tener relación con los demás, así como una pieza del rompecabezas tiene que estar en armonía con el juego entero. Por último, el historiador no debe perder de vista el testimonio histórico. Veamos pues, ¿qué se entiende por testimonio?

Testimonio histórico no será nunca un conocimiento prefabricado que el historiador tenga que aceptar. El testimonio histórico es lo que es, únicamente cuando se le considera históricamente. Todo lo que es perceptible puede transformarse en testimonio en la medida en que pueda ser utilizable siempre y cuando reciba el trato debido. De ahí que se pueda afirmar que el conocimiento histórico surge del conocimiento histórico. Todo presente tiene un pasado del cual él es brote y la reconstrucción del pasado tiene que hacerse desde el presente en el que se lleva a cabo este acto de imaginación. En la práctica no se logra jamás interpretar en su integridad el aquí y ahora perceptible, porque no es posible abarcar la totalidad del proceso del tiempo. Este hecho es una imposibilidad no sólo del pensar histórico sino característica común de la humanidad: siempre habrá diferencia entre lo que el hombre se propone en principio y lo que alcanza en la práctica. Por esta misma razón ninguna conquista en ninguna cuestión fundamental es definitiva; el cambio forma parte de la naturaleza humana y en ello estriba su riqueza. Cambian también los testimonios, ya que su interpretación es tarea personal a la que aporta el historiador todo su saber

que también es cambiante. A causa de esto, cada nueva generación tiene que redescubrir el pasado histórico y cada historiador tiene que comprometerse al dar respuestas a las preguntas que se plantea; si trabaja en un mismo tema durante cierto lapso de tiempo, se encuentra a menudo con que el problema ha cambiado. El pensamiento histórico en este sentido es como el río heraclíteo en el que nadie puede bañarse dos veces. No se quiere con lo anterior afirmar el escepticismo histórico, sino hacer ver que el testimonio histórico incluye al historiador mismo y el aquí-y-ahora como parte del proceso que analiza.

Sin embargo, ni la interpretación de un testimonio histórico ni los hechos mismos que son la materia prima del conocimiento histórico proporcionan al historiador el criterio de verdad. Este criterio nos lo da la misma idea de historia. Esta idea que en Descartes es innata y en Kant a priori, forma parte del equipo mental de todo hombre y este lo descubre a medida que se le vaya planteando el problema de lo que es tener una mente. Por muy trabajador que sea el historiador no podrá jamás dar su trabajo por terminado y afirmar que su relato del pasado sea adecuado a la idea de lo que debiera ser. Pero aunque el resultado de sus investigaciones sea incompleto o defectuoso, la idea que de él tiene y que lo guió es clara, racional y universal.

Dijimos que la historia es una ciencia, pero de una clase muy especial. Tiene de común con las otras ciencias que el historiador debe justificar las bases de las que parte, a sí mismo o a sus críticos; y esta necesidad es un principio universal de toda ciencia, que es un conocimiento organizado o inferencial. La historia es autónoma como toda ciencia y eso quiere decir, que el historiador tiene derecho de decidir la solución correcta a cualquier problema que en el ejercicio de esta ciencia se le plantee. (Valiéndose, desde luego, de los métodos propios de la ciencia histórica). Si el historiador acepta testimonios prefabricados, renuncia en este mismo momento a su autonomía como historiador; si es un pensador científico, sólo puede decidir por sí mismo, de otra manera no es historiador y no sabríamos qué nombre darle. No estamos tratando de decir que haya que rechazar dicho testimonio, sino únicamente, que hechos conocidos de esta manera no constituyen un conocimiento histórico, porque no se puede dar razón de las bases sobre las que se apoya. Tan pronto cuando aparece dicho fundamento la aceptación del testimonio se convierte en conocimiento histórico.

A la historia, constituida a base de combinaciones de los diferentes testimonios, la llama Collingwood historia de "tijeras y engrudo". El resultado de esta combinación no merece el nombre de historia, ya que no satisface los requisitos necesarios de la ciencia. Hasta el siglo XVII este fue el único tipo de historia que se conocía; precisamente en el siglo XVII, cuando las ciencias naturales adquieren autonomía, los historiadores deciden también poner en orden su casa. Hasta entonces se comprendió que no se debe aceptar como verdad histórica cualquier afirmación hecha por determinado autor sin antes investigar dicha declaración, así como la verosimilitud del mismo autor. El documento que hasta entonces había sido llamado autoridad, pasa a ser una "fuente" y el historiador está en la obligación de juzgarla.

Este es el comienzo de la historia crítica que viene a solucionar el problema de si incorporamos o no tal afirmación en nuestro relato. Algunos historiadores de los s. XVIII y XIX vieron bien a las claras, la falacia de este problema. Ya se habían dado cuenta que si encontraban alguna afirmación totalmente falsa, no por eso había que negarle todo valor. El primero que vio este problema con claridad fue Vico a principios del siglo XVIII, quien sostiene que la importancia de cualquier fuente, no es si nos dice verdad o mentira, sino lo que esta fuente significa. Al plantearse esta pregunta, se sale automáticamente de la historia de "tijeras y engrudo" que no hace otra cosa que copiar testimonios, para llegar a nuestras propias conclusiones.

La historia crítica representa la disolución de la historia de "tijeras y engrudo". Actualmente este método es una curiosidad y escribir historia a base de él es estar atrasado en un siglo.

Otro movimiento que insufló vida al estudio de la historia en el s. XVII fue el arqueológico que pudo surgir únicamente por haberse iniciado la agonía de aquellos otros principios. Sabemos que las inscripciones en monedas no siempre son fidedignas y deben ser juzgadas más bien como propaganda más que como hecho, pero también tienen su valor ya que la propaganda tiene su historia y su sentido propio.

Nos preguntamos ahora ¿en qué condiciones y de qué manera puede el historiador conocer el pasado? Este, no puede ser conocido mediante la percepción, el historiador tampoco es testigo presencial de los hechos que desea conocer. Sabe muy bien que el único conocimiento del pasado posible es mediato o indirecto, nunca empírico. Entonces si deshechamos el conocimiento directo de los hechos al igual que hicimos con el testimonial, ¿qué debe hacer el historiador a fin de conocer los hechos?

El método a seguir es la re-creación del pasado en su propia mente. Cuando el historiador tiene en sus manos un documento o reliquia del pasado trata de descubrir qué pasado fue ese que originó este tipo de reliquias; si se trata de un documento escrito, descubrir qué quiso decir con ello el que las escribió. Esto equivaldría en el sentido más amplio de la palabra, a descubrir el pensamiento del que las escribió o su intención. Para descubrir este pensamiento el historiador debe pensarlo por sí mismo. Debe plantearse la situación que le tocó vivir a Napoleón por ejemplo y analizarla por su cuenta. Luego, hacerse cargo que la situación de Napoleón es la suya propia y tratar de pensar cómo la resolvería. Sólo en la medida en que recrea en su propia mente aquellas experiencias adquiere algún conocimiento histórico.

Se podría refutar lo anterior alegando que ninguna experiencia puede ser idéntica a otra, por lo tanto, sólo cabría hablar de semejanza y en este caso la teoría del conocimiento del pasado por re-creación vendría a ser una teoría del conocimiento como copia que pretende probarnos cómo conocemos una cosa o en este caso un acto de pensamiento. Aun suponiendo que una experiencia puede repetirse en forma idéntica, se trataría de una identidad inmediata entre el historiador y Napoleón en lo que a la experiencia se refiere. El pasado, que vendría a ser el objeto, se incorpora en el sujeto y entonces nos encontraríamos que lo que se conoce es el presente, no el pasado.

Ambas objeciones son refutables.

En el primer caso se considera que el acto de reconocimiento no es el mismo acto del que lo pensó, eso se prueba tomando en cuenta que lo ejecutan diferentes personas en diferentes tiempos. Al darnos cuenta de la igualdad de los ángulos de la base de un triángulo isósceles, no estamos reviviendo el acto de Euclides sino haciendo otro de la misma especie y al hacerlo no afirmamos que Euclides sabía dicha verdad sino que estos ángulos son iguales. Para conocer el hecho histórico de que Euclides sabía que eran iguales, debo ejecutar un acto distinto, a saber: el que Euclides sabía que eran iguales. Ambos actos son diferentes pero de la misma especie y se asemejan al de Euclides. Este tipo de objeción es típico de la teoría de la copia en el conocimiento.

La objeción anterior no es una descripción verdadera de la relación de dichos actos, ya que se considera que el acto de pensamiento de Euclides y del que lo re-crea son numéricamente dos aunque específicamente uno.

Al efectuar la comparación entre dos actos de pensamiento, debemos reconocer en primer lugar el propio y luego por la manera como el otro se expresa, comprender su acto de pensamiento. Hacer esto supone un replantearse en la mente el acto de pensamiento de otra mente; de ninguna manera uno semejante, sino el acto mismo.

Ya dijimos, al comienzo de este trabajo que el pensamiento no es mero objeto. Conocer el pensamiento de otro sólo es posible cuando la actividad del pensar del otro sea re-creada por uno mismo. Rechazar este argumento significa suponer que no tenemos derecho de hablar de actos de pensamiento de otras mentes distintas a la nuestra y considerar por lo tanto que mi mente es la única que existe.

La segunda objeción que queremos refutar aquí, es la que considera que re-crear el pensamiento de otro implica también saber que el pensamiento que re-creamos es de otro y en la medida en que lo estamos haciendo se convierte en nuestro, puesto que tenemos conciencia de él al revivirlo. En esta ejecución se ha convertido en subjetivo (ahora se trata ya de un pensamiento mío); se ha vuelto por lo tanto, presente dejando de ser pasado, por lo tanto el conocimiento del pasado en cuanto tal es imposible. Probablemente esta haya sido la idea de Croce cuando dice que toda historia es historia contemporánea.

Empezaremos por afirmar que el hecho de que alguien re-cree el pensamiento de otro no lo convierte en historiador, puesto que el que no sabe que piensa históricamente, no piensa históricamente. El pensar histórico es una actividad de la autoconciencia. (Creo además que todo pensamiento lo es). El presunto impugnador afirma por una parte que debemos saber que estamos re-creando el acto de pensar de otro, pero por otra parte nos dice que esto es imposible, porque en el trayecto, este acto se ha convertido en nuestro.

El historiador por medio del empleo de pruebas puede conocer el pensamiento de otros a sabiendas de que está re-creando lo que aquellos hombres pensaron. Aunque no podamos saber jamás como sentía Napoleón en Egipto y no podamos revivir las alegrías o tristezas de Carlos V, lo que ellos pensaron está en nuestra mente gracias a la reinterpretación de las pruebas que tengamos. Al repetir la experiencia no obtendríamos una identidad entre el historiador y su objeto. Sería absurdo suponer que a medida que re-creamos el pensamiento de otros nos convertimos en este otro. Conocer a Shakespeare no es ser Shakespeare, el historiador intenta lo primero. Una mente es su propia actividad, el pensamiento es reflexión y autoconocimiento del yo mismo en cuanto autor de estas actividades.

Cuando leemos en Platón algún argumento contra la posición de que el conocimiento es sólo sensación, no sabríamos decir quién sostenía estos argumentos y cómo lo hacía. El razonamiento surgió lógicamente de alguna discusión aunque no sepamos cual haya sido ésta. A pesar de ignorar en qué consistió aquel hecho, puedo entender el razonamiento de Platón y seguirlo en mi propia mente. El proceso que efectuamos de esta manera no es semejante al de Platón, sino el mismo, en el caso de que realmente lo hayamos comprendido.

Si nos preguntamos ahora de qué puede haber conocimiento histórico, diríamos que de todo aquello que puede ser re-creado en la mente del historiador. Lo re-creado tiene que ser experiencia. El simple objeto de la experiencia no es historia, por eso la naturaleza no tiene historia. No negamos que la naturaleza sufre procesos, incluso que consiste en procesos, pero ello no es prueba de que posea una vida histórica y que el conocimiento que de ella tengamos sea un conocimiento histórico.

Sin embargo, aun la experiencia en cuanto tal no puede ser objeto del conocimiento histórico, ya que a ella van ligadas sensaciones y sentimientos cuyo proceso no es de ninguna manera histórico. Es cierto que el pensamiento puede conocerlas y estudiarlas, pero en cuanto hagamos esto, entramos al campo de la psicología no de la historia.

Otro aspecto del estudio de la historia que debe ser aclarado es el que implica la hueca afirmación de que la historia es conocimiento de lo individual; se desprende de lo antes dicho que la individualidad de los objetos percibidos, las experiencias inmediatas y los hechos naturales caen fuera de la historia, porque el objeto de la historia

es aquello que puede ser re-creado por la mente del historiador y que tuvo antes cabida en otra mente. Es precisamente la universalidad de un acontecimiento la que lo convierte en objeto propio del estudio histórico. Entendemos por universalidad, lo que traspasa los límites de la existencia local y temporal y posee por lo tanto validez para todos los hombres de todos los tiempos. Con ello se quiere explicar que el pensamiento trascendiendo su inmediatez puede revivir en otras mentes, en otros contextos y decir la verdad sobre las personas individuales que aparecen en la historia, no gracias a su individualidad misma (podríamos decir que a pesar de ello) sino porque ella es el vehículo de un pensamiento que por haber sido el de ellos puede ser potencialmente el de todos los hombres.

Historia es siempre historia del pensamiento, por eso la biografía por más historia que contenga es anti-historia; sus límites: nacimiento y muerte forman parte de procesos naturales, su marco no será un marco de pensamiento, sino de procesos naturales.

Otro factor esencial en la historia es la Libertad. Hemos dicho que la historia tiene como fin el conocimiento de nosotros mismos; también tratamos de probar que la historia no es subalterna de las ciencias naturales. Al superar el naturalismo histórico, cabe concluir que el mundo histórico, construído por el hombre y que cambia constantemente es una actividad libre. Fuera de la libre actividad del pensamiento no existe ninguna otra fuerza que modifique al mundo o lo obligue a actuar de una cierta manera. Lo anterior no significa que podamos hacer lo que nos venga en gana; nada sería tan falso como afirmar que el hombre es dueño y señor de hacer sus planes y ejecutarlos como mejor le parezca.

La actividad que todo hombre elija debe ser estructurada de tal manera que no estorbe las actividades del resto de los individuos. El historiador debe enfrentarse a los hechos de su propia situación, frente a ellos no es libre; la situación está ahí y no puede cambiarla. El acierto de su investigación depende de que capte la situación en que se halla. Esta situación ha sido creada por la misma razón humana, pero una vez que está ahí ya no somos libres de rechazarla o de despreocuparnos de ella. La situación es producto de una manera de pensar, que aunque pueda ser equivocada es tan histórica como las justas, ya que ella determina la acción.

Ya dijimos que el pensamiento histórico es libre del dominio de las ciencias naturales y es por lo tanto una ciencia autónoma; a su vez la razón humana es libre para construir su propio mundo de asuntos humanos. Únicamente se puede afirmar que la actividad humana es libre cuando se ha alcanzado un método científico y autónomo en el estudio histórico.

Por último nos referiremos al tema del progreso como creación del pensar histórico. Progreso histórico es la actividad humana misma en cuanto sucesión de actos, cada uno de los cuales se apoya en el anterior. Estas nuevas acciones llevan implícitamente el concepto de mejoramiento. Los cambios en la manera de vivir entre las generaciones viejas y las nuevas no se consideran sino excepcionalmente como progresivas. La generación vieja se aferra a su método viejo de vida porque no conoce otro, lo único que quiere es seguir viviendo como hasta ahora; para ellos el cambio significa decadencia, no progreso.

La generación nueva, en cambio, ha renunciado a la manera de vivir de los padres y ha elegido por su cuenta una nueva; pero para elegir entre dos formas de vida debemos saber en qué consisten ambas; no contemplar la vieja como un mero espectáculo y vivir la otra, ni tampoco ver en la nueva una posibilidad lejana aún no realizada. La única manera para conocer ambas es la experiencia. Generalmente esto no sucede. La generación joven no mira con simpatía los métodos viejos; no compara los dos métodos de vida porque no comprende el primero ni tiene experiencia de él:

no hay criterio para juzgar cual de las dos es mejor, por lo tanto no hay concepción del cambio como progreso.

La generación joven en un impulso ciego destruye lo que no comprende y considera malo, para sustituirlo por aquello que considera bueno. Pero para poder elegir acertadamente se debe conocer el pasado histórico que estamos rechazando; y para ello re-crear las experiencias pasadas en la mente del pensador presente. Solamente así tendremos un conocimiento de ambos métodos de vida, sólo comparando los méritos y defectos y a sabiendas lo que se rechaza y lo que se gana con eso podemos confirmar que la elección que hicimos fue la mejor.

Analicemos ahora la situación desde el punto de vista del historiador que está colocado fuera de ese cambio y su punto de vista será imparcial. Tendrá que tomar en cuenta las consecuencias y condiciones de ese cambio para poder decir si fue para mejor o para peor. Al re-experimentar los dos modos de vida en su propia mente, convirtiéndolas así en objetos del conocimiento histórico, se convertirá así en un buen juez de las dos situaciones porque ya las conoce.

Uno de los grandes errores que se repiten aun hoy, es considerar algunos períodos históricos como progresistas y otros como decadentes. Esta división de ninguna manera puede ser históricamente verdadera, nos indica tan sólo la deficiencia del historiador. A menudo, los historiadores se refieren a "edades oscuras" —porque no encuentran en ellas verdadera vida y no pueden re-crear el pensamiento de la época, pero eso se lo deben a su propia ignorancia o a la desigualdad en su conocimiento. (Hay épocas mejor conocidas por un historiador que otras y hay también épocas cuyo pensamiento no logra despertar simpatías en determinado investigador). El dogma tan aceptado de los ciclos históricos que nos llevan a los "grandes períodos" y luego a su decadencia inevitable no es más que una confesión del historiador de que no ha sabido manejar los testimonios de la misma manera al analizar un período y otro.

El progreso no es un mero hecho que está ahí esperando ser descubierto por el pensar histórico, al contrario es precisamente el pensar histórico el que lo logra: creándolo.

Si Einstein por ej. logra un adelanto con respecto a Newton es porque ha podido re-crear el pensamiento de éste e incorporarlo a sus propias teorías. Sólo en la medida en que conoce el pensamiento anterior puede realizar un avance sobre él. Así, de cierta manera Newton vive en Einstein, así como el pasado histórico en cuanto conocido vive en el presente y condiciona a su vez la creación del futuro.

Al querer superar o abolir determinado estado de cosas, para dar en su lugar cabida a algo mejor, se debe comenzar por comprender lo que se está destruyendo. La aversión hacia lo que se quiere eliminar, puede impedir esta comprensión; pero si esto sucede tendremos simplemente cambio y no progreso. Ninguna ley natural vendrá en nuestro auxilio y no hay más remedio que enfrentarse a la propia ignorancia.